

# TEMARIO URBANO

Por **EDUARDO BARDAS PLANELLAS**  
LICENCIADO EN ADMINISTRACION PUBLICA

Haciendo, por anticipado, radical abstracción de todo matiz chauvinista de tipo local (y perdón por el uso del galicismo) cosa que jamás ha entrado en nuestros cálculos sentir, y mucho menos aún provocar, vamos hoy a tratar de las características, especialmente notables, de una comarca, y, puntualizando ya más, de un pueblo, o, para decirlo con toda propiedad, de una ciudad.

Creemos hallarnos en familia y, por tanto, huelgan toda habilidad dialéctica o eufemismo. Claro: la comarca a que nos vamos a referir es la, ya celeberrima, COSTA BRAVA; y es nuestro querido SAN FELIU DE GUIXOLS la ciudad a que principalmente hemos de hacer alusión en el decurso de estas líneas. Nada nuevo ¿verdad lectores?

Y escrito ya, con todas sus letras, el nombre, para nosotros tan evocador, de «nuestro pueblo», por espontánea asociación de ideas viénesenos a la memoria aquello, tan conocido, de «No es verdad que con la ausencia...», y lo que sigue, que en forma tan magistral supo musicar Arrieta, quien a buen seguro que también debió catar algo del mágico hechizo de nuestras bellas playas cuando tan bien nos canta en su obra cumbre las de Lloret.

Bien, cerrada la afectiva, y retrospectiva, digresión, diremos, sin que pretendamos con ello revelar secreto alguno, que el actual fenómeno de que es privilegiado centro y objeto nuestra Costa Brava, (que si es bravo, señores polemistas sistemáticos; lo es a su medida, naturalmente; de la misma manera que, por ejemplo, nadie podrá negar que si es feroz un tigre, lo es también — a su medida, claro — un gato montés) es algo que pocas veces debe haberse registrado en los anales de la historia de los súbitos «descubrimientos» de bellezas naturales en comarcas y pueblos.

A los que, oriundos de este litoral nordeste, y sin ser aún del todo viejos, nos ha sido dable asistir — un tanto asombrados, confesémoslo — a esa especie de milagro social y urbanístico, plenamente aflorado tan sólo en unos pocos lustros cada vez que nos paramos a considerarlo sentimos un bien legítimo orgullo, sí, pero mezclado con éste — estamos en plan confidencial y hay que decirlo todo — una ligera sensación de malestar, de incomodidad, algo así parecido a los celos que debe sentir el feliz poseedor de una joya que sabe bellamente única, cuando ve que ojos extraños también osan posarse en el objeto de su predilección. Y en nuestro fuero interno de «costabraveses» (páseosenos el vocablo) puede que no lleguemos a decir desabridamente a los «descubridores»: idos y dejadnos en paz, pero sí, quizá, remedando en cierto modo el conocido poema del nicaragüense, murmuramos «in mente» el «no os acerquéis mucho», que a desviaciones tales suele llegar a veces el exclusivismo mal entendido.

Dicen que a la evidencia tiene uno que acabar por rendirse; y más que evidente es ya que la contemplación, seguida del goce estético, de ese caleidoscopio de naturales bellezas que es nuestra comarca, lógicamente, fatalmente, tenía que producir, más tarde o más temprano, esta impetuosa corriente de admiración, ese coro general de alabanzas con que, lo mismo nacionales que

extranjeros, nos están literalmente abrumando. Luego — y dicho sea sin el menor asomo de pretensión — hemos de acabar conviniendo que lo que tenemos en casa vale; y, convencidos ya de ello, nuestra más elemental obligación es la de hacer que todo cuanto, en el armonioso conjunto, dependa de la mano del hombre sea digno del preciado tesoro natural de que, de la noche a la mañana, nos hemos dado cuenta éramos afortunados poseedores o, por lo menos, depositarios responsables.

Porque ¿qué diríamos si al contemplar embelesados los destellos de las deslumbrantes gemas de una corona real, la viéramos sostenida por una cabeza descuidada? Una gran verdad es lo de que belleza obliga, también; por eso que quien la posee por don natural ha de procurar mostrarse, en todo momento, a tono con ella.

De ahí que lo que quizá fuese comprensible, y hasta tolerable, en un villorrio cualquiera, en una riente e importante ciudad como lo es nuestro San Feliu, puede llegar a constituir además del consiguiente desprestigio de la representación local, un grave atentado a la estética, a la belleza natural del ambiente, del paisaje; y lo mismo puede aplicarse a cualquier otra población de este pedazo de costa incomparable que, de unos pocos años a esta parte, ha ido adquiriendo, por derecho propio y universal sanción, el honroso, tanto como difícil título de «Salón de recepciones» («Rendez-vous» en galo) donde tacitamente se dan cita muchos destacados miembros de la élite mundial, y tantísimos maestros o aficionados del Arte en sus diferentes facetas.

Es porque creemos instituir claramente los peligros que la pública dejadez podría hacer repercutir sobre la fama, afortunadamente aún en auge, de nuestra comarca, que no

nos cansaremos de repetir a nuestros amigos y a todos los que les cabe el envidiable privilegio de poder residir en nuestra Costa Brava y, concretamente, en nuestra tan añorada ciudad de San Feliu de Guixols, que no escatimen esfuerzo, cada uno en su propia esfera de acción, encaminado a coadyuvar a hacer, entre todos, de nuestra queridísima ciudad (mejor, CIUDAD, así en mayúsculas, que es tal como deseamos verla y que nos sea admirada) un destacado modelo de civismo, de orden, de cultura, de bienestar físico y espiritual, persuadidos de que, si así sabemos hacerlo, todos, altos y bajos, habremos de cosechar los frutos de nuestra inteligente, sanamente patriótica labor; unos, de modo más inmediato y tangible, los que, en una u otra forma, viven del público favor, que serán muchos; y los demás, los que desgraciadamente, o afortunadamente, quien sabe, carecemos de «tienda abierta en la feria» ¿es que, así y todo, no habrá de constituir para nosotros un puro goce, de finísima espiritualidad, poder ir constatando como crece, cada día más, la justa fama de esos rincones de ensueño que a la admiración ofrece, generosa, la tierra que nos vio nacer?

Estamos seguros de que muchos de los que sigan estos comentarios conocen perfectamente el caso — que «todo un caso» es, verdaderamente — de esa otra población marinera situada a poniente de Barcelona, que goza también de muy merecida y consolidada fama mundial, cuyo nombre, pese a su difícil fonética catalana, hoy es ya pronunciado familiarmente por gentes de todas las procedencias y de los más elevados estamentos. Nos referimos — todos nuestros lectores lo habrán adivinado ya — a Sitges, a la «Blanca Subur», y, aún sin ánimo de esta-

blecer comparaciones, siempre inoportunas, si queremos dejar consignado aquí, porque es cierto, que el caso del Sitges, el milagro de lo que la Villa hoy es, vale y se cotiza, tanto en el ámbito nacional como en el internacional, se debe un poco, admitámoslo, a su privilegiada situación estratégica, a dos pasos se puede decir hoy, de la gran urbe catalana; pero un mucho, casi todo, al tesón de sus habitantes que, eficazmente espoleados y aleccionados por un selecto núcleo de artistas, con la patriarcal figura del inolvidable Rusiñol por guía y maestro, enamorados todos de su paz, de su gracia marinera, de su blancura imoluta, de su sol, de su mar y de su cielo — elementos naturales que tampoco faltan en nuestra Costa Brava — supieron asimilar y, lo que es más meritorio, servir con entusiasmo y fe, las iniciativas asaz ambiciosas entonces, y las valientes consignas del grupo sabiamente dirigente.

Y fué así como consiguieron hacer, entre todos, de «su pueblo» (¡qué réplica más rotunda al «Pueblo Gris»!) lo que hoy es; una verdadera joya; lo mismo en urbanismo (y en urbanidad, naturalmente) que en tantas logradísimas perspectivas, en arte, en ambiente, en admirables manifestaciones populares de cultura, civismo, tradición, etc. tanto que, cuando uno pisa sus calles, deliciosamente angostas en su mayoría como trazadas a posta a medida humana, pero llenas todas de detalles de un gusto exquisito y depurado, propio, se acaba por tener la impresión de que lo que está visitando, lo que está saboreando espiritualmente, (el Sitges moderno, más espectacular, es ya otra cosa distinta, aunque también muy estimable en su estilo y concepción) son las ordenadas salas de un museo permanente y llega a imaginar que en muchos de sus rincones pe-

dria instalarse, sin el menor menoscabo, un estrado de conferencias desde el cual un docto varón nos hablara — pausadamente, eso sí, para no quebrar el hechizo — por ejemplo de la pintura del Greco o de historia de la navegación a vela, de arte floral o del Romanticismo, o — que todo es interesante siendo original — de la fórmula secreta que los suburbanos deben poseer para poder llegar a la feliz obtención de ese néctar de los dioses que responde al sonoro nombre de «Malvasía».

Y todo eso, amigos, pero todo, incluida también la nota báquica que es curiosa la coincidencia — tampoco falta en nuestro San Feliu puesto que la tenemos, y muy antigua y acreditada por cierto, en nuestro famoso «Estomacal Bonet» de delicada tonalidad esmeralda-topacio, no lo dudeis, da, bien conjugado como han sabido hacer los de Sitges, un exponente, cierto y elevado, que se llama «personalidad», o «sello», que diría un modernista; esa cosa inaprehensible, pero valiosa y definitiva, que, sí, también las poblaciones han de aplicarse a conquistar si no quiere verse vegetando irremisiblemente en el informe montón del anonimato de tono gris e intrascendente.

No hemos querido comprar — ya lo hemos dicho en principio — únicamente hemos tenido interés en exponer, con mucha admiración, eso sí «un caso» relativamente reciente y de todos conocido, una envidiable realización práctica producto del verdadero, inteligente, amor a un pueblo y que ahora ya éste, agradecido, está devolviendo con creces a sus hijos, a sus residentes, a la imperecedera memoria de aquel esforzado puñado de artistas, de hombres de fe y tesón, que con amplia, ilusionada visión, supieron sembrar la semilla que hoy tan bellamente fructificado convirtiendo un simple pueblecito de pescadores en un punto de obligada escala señalado hoy en todos los itinerarios del turismo internacional y hogar ideal de tantas personas que tienen el privilegio de poder hacer del culto ferviente a la Belleza y al Arte el motivo principal de su vida, y que en Sitges la Blanca han encontrado un marco de incomparable valor, un ambiente propicio al goce quintaesenciado de lo bello, de lo espiritual, de lo que quizá sea lo único que, aquí abajo, valga la pena de ser apreciado y vivido.

¿Y es que nuestra Costa Brava y nuestro San Feliu, tan óptimamente dotados en todos los aspectos, no serán capaces de convertirse, a escala apropiada, en lo que Sitges ya es y representa? Así planteada la cuestión, hasta la duda ofende ¿verdad, amigos lectores?

Por nuestra parte, creemos sinceramente — y si nos equivocamos cárguese el error de visión a nuestra inquebrantable fe en el verdadero y honroso destino de nuestra querida Ciudad que es el de ser, y merecerlo, la capital natural e indiscutible de esta imponderable Costa Brava — creemos, decimos, que todo el secreto del éxito en la ambiciosa empresa radica en una palabra: proponérselo.



ROGAD A DIOS EN CARIDAD POR EL ALMA DE

## Iluminada Salgas Cadillach

Viuda de Luis Descayre Montaner

DORMIDA EN LA PAZ DEL SEÑOR EN LA CIUDAD  
DE SAN FELIU DE GUIXOLS EL DÍA 15 DE MARZO DE 1953,  
CONFORTADA CON LOS SANTOS SACRAMENTOS  
Y LA BENDICIÓN APOSTÓLICA

— E. P. D. —

Sus familiares, al participar a sus amigos y conocidos tan dolorosa e irreparable pérdida, les suplican un recuerdo en sus oraciones para el eterno descanso de su alma.